

CAPITULO IX.

Navegando Guzmán de Alfarache para España, se mareó Sayavedra, dióle una calentura, saltóle á modorra y perdió el juicio. Dice que él es Guzmán de Alfarache, y con la locura se arrojó á la mar, quedando ahogado en ella.

Trujimos tan próspero tiempo á la salida de Jénova, que cuando el sol salió el martes habíamos doblado el cabo de Noli, como está dicho, y hasta llegar á las pomas de Marsella tuvimos favorable viento. Allí esperamos hasta la primera rendida, siéndonos todo siempre apacible, porque corría un fresco levante, con el cual navegamos hasta el siguiente día en la tarde, que se descubrió tierra de España, con general alegría de cuantos allí veníamos. La fortuna, que ni es fuerte ni una, sino flaca y varia, comenzó á mostrarnos la poca constancia suya, en grave daño nuestro, y hablando aquí agora por los términos y lenguaje que á los marineros entonces les oí, cubrióse todo el cielo por la banda del maestra con oscuras y espesas nubes que despedían de sí unos muy gruesos goterones de agua; faltónos este viento, comenzando á entristecer los corazones, que parecía tener encima dellos aquella negra tenebrosa; lo cual visto por los consejeros y pilotos, hicieron junta en la popa con ánimo de prevenirse de remedio contra tan espantosas amenazas: cada uno votaba lo que mas le parecía importante; mas viendo cargar el viento en demasia, sin otra resolución alguna ni esperarla, fué menester amainar de golpe la borda, que llaman ellos la vela mayor; y poniéndola en su lugar, sacaron otra mas pequeña que llaman el marabuto, vela latina de tres esquinas, á manera de paño de tocar, hicieron á medio árbol tercerol, previniéndose de lo mas necesario. Pusieron los remos encima de los filares; á los pasajeros y soldados los hicieron bajar á las cámaras muy contra toda su voluntad; comenzaron á calafatar las escotillas de proa, no faltando en todo la diligencia que importaba para salvar las vidas, que tan á peligro estaban. Cerróse la noche, y con ella nuestras esperanzas de remedio, viendo que nada se aplacaba el temporal; por lo cual para evitar que los daños no fuesen tantos, mandaron poner fanales de borrasca. La mar andaba entonces por el cielo, abriéndose á partes hasta descubrir del suelo las arenas: fué necesario poner en el timon de asistencia un aventajado. El cómitre se hizo atar al estanterol en una silla, determinado de morir en aquel puesto, sin apartarse dél, ó de sacar en salvamento la galera. Allí le preguntábamos algunos á menudo, y muchas mas veces de las que él quisiera, si corrimos mucho riesgo. Ved nuestra ceguera, que lo creyéramos mas de su boca que de la vista de los ojos, donde ya se nos representaba la muerte; mas parecíanos de consuelo su mentira, como la del médico para el consuelo del afligido y enfermo padre, que pregunta por la salud y vida del hijo, si por ventura ya es difunto, y responde que tiene mejoría. Desta manera, por animarnos decia, que todo era nada, y dijo verdad, para lo que después á cabo de poco sobrevino; porque no dejándonos el viento pedazo de vela sano, y tanto que fué necesario subir el treo, que es otra vela redonda con que se corren las tormentas, quiso nuestra desgracia que viniese sobre nosotros una galera mal gobernada, y embistiéndonos por la popa nos echó gran parte á la mar, y diólo á tiempo que juntamente saltó el timon, en que solo teníamos esperanza. Viéndonos faltos della y dél, ya rendidos al mar y sin remedio, mas para no dejar de usar de todos los que pudieran en alguna manera darnoslo, hicieron pasar los dos remos de las espaldas á las escalas, de donde nos íbamos gobernando con grandísimo trabajo. ¿Qué pudiera yo aquí decir de lo que vi en este tiempo, qué oyeron mis oídos, que no sé si se podría decir con la lengua ó ser creído de los extraños? ¿Cuántos votos hacian? ¿A qué varias advocaciones llamaban, cada uno á la mayor devoción de su tierra, y no faltó quien otra cosa no le cayó de

su boca sino su madre? ¿Qué de abusos y disparates cometieron, confesándose los unos con los otros, como si fueran sus curas, ó tuvieran autoridad para absolverlos? Otros decian á voces á Dios en lo que le habian ofendido, y pareciéndoles que sería sordo; levantaban el grito hasta el cielo, creyendo con la fuerza del aliento levantar hasta allá las almas en aquel instante, pareciéndoles el último de su vida. Desta manera padeció la pobre y rendida galera con los que veníamos en ella, hasta el siguiente día, que con el sol y serenidad cobramos aliento, y todo se nos hizo alegre.

Verdaderamente no se puede negar, que de dos peligros de muerte se teme mucho mas el mas cercano, porque el otro nos parece que podríamos escapar; empero en mí esta vez no temí tanto aquesta tormenta ni sentí el peligro, respeto del temor de arriba, no por el mar, mas por la infamia. Harto decia yo entre mi cuando pasaban estas cosas, que por mi solo padecian los demás; que yo era el Jonás de aquella tormenta. Sayavedra se mareó de manera que le dió una gran calentura, y brevemente le saltó en modorra. Era lástima de verle las cosas que hacia, y disparates que hablaba, y tanto, que á veces en medio de la borrasca, y en el mayor afilo, cuando confesaban los otros los pecados á voces, también las daba él diciendo: «yo soy la sombra de Guzmán de Alfarache, su sombra soy, que voy por el mundo,» con que me hacia reír, y le temi muchas veces; mas aunque algo decia, ya lo vian estar loco y lo dejaban para tal, mas no las llevaba conmigo todas, porque iba repitiendo mi vida, lo que della yo le habia contado, componiendo de allí mil romerías; en oyendo al otro prometerse á Monserrate, allá me llevaba; no dejó estacion ó boda que conmigo no anduvo, guisábame de mil maneras, y lo mas galano (aunque con lástima de verlo de aquella manera), de lo que mas yo gustaba era que todo lo decia de sí mismo, como si realmente lo hubiera pasado. Ultimamente, como de la tormenta pasada quedamos tan cansados, la noche siguiente nos acostamos temprano á cobrar la deuda vieja del sueño perdido: todos estábamos tales y con tanto descuido; la galera por la popa tan destrozada, que levantándose Sayavedra con aquella locura, se arrojó á la mar por la timonera, sin poderlo mas cobrar, porque cuando el marinero de guardia sintió el golpe, dijo á voces: *hombre á la mar*. Luego recordamos, y hallándolo menos le quisimos remediar, mas no fué posible, y así se quedó el pobre sepultado, no con pequeña lástima de todos, que harto hacian en consolarme: sinifiqué sentirlo, mas sabe Dios la verdad. Otro día, cuando amaneció levantéme luego por la mañana, y todo él casi se me pasó recibiendo pésames, cual si fuera mi hermano, pariente ó deudo que me hiciera mucha falta, ó como si cuando á la mar se arrojó se hubiera llevado consigo los baules. Aquesos guardé Dios, decia yo entre mí, que los mas trabajos fáciles me serán llevar. No sabian regalo que hacerme, ni cómo, á su parecer, alegrarme; y para en algo divertirme de lo que sospechaban y yo fingia, pidieron á un curioso forzado cierto libro de mano que tenia escrito, y hojeándolo el capitán vino á hallarse con suceso, que por decir en el principio dél haber en Sevilla sucedido, le mandó que me lo leyese, y pidiendo atención se la dimos, y dijo:

«En Sevilla, ciudad famosísima en España y cabeza del Andalucía, hubo un mercader extranjero, limpio de linaje, rico y honrado, á quien llamaban Micer Jacobo. Tuvo dos hijos y una hija de una señora noble de aquella ciudad. Ellos dotrinados con mucho cuidado en virtud y crianza, y en todo género de letras tocantes á las artes liberales, y ella en cosa de labor con exceso de curiosidad, por haberse criado en un monasterio de monjas desde su pequeña edad, á causa de haber fallecido su madre de su mismo parto. Como los bienes de fortuna son mudables, y mas en los mercaderes, que traen sus ha-

ciendas en bolsas ajenas y á la disposición de los tiempos, no medió pié de la buena suerte á la mala. Sucedió que como sus hijos viniesen de las Indias con suma de oro y plata, cuando ya llegaban á vista de la barra de Sanlúcar, y como dicen, dentro de las puertas de su casa, revolió un temporal, que con viento deshecho, trayéndolos de una en otra parte, dió con el navio encima de unas peñas, y abierto por medio, se fué luego á pique sin algun reparo, ni lo pudo tener mercadería ni persona de todo él. Cuando á los oídos del padre llegó tan afligida nueva de pérdida tan grande, se melancolizó de manera, que dentro de breves días también falleció.

«La hija que residía en el convento, ya perdida la hacienda, los hermanos y padres difuntos, viéndose desamparada y sola, sintió su trabajo, como lo pudiera sentir aun cualquiera hombre de mucha prudencia, por haberle faltado tanto en tan breve, que pudo decirse un día, y con ella la esperanza de su remedio, porque deseaba ser monja. Cesaron sus desinios, comenzó su necesidad; cesaron los regalos, comenzaron los trabajos, y fueron creciendo de modo que ya no sabia qué hacer, ni cómo poderse allí dentro sustentar. Y aunque las conventuales todas, que le tenían mucho amor por la nobleza de su condicion, afabilidad, trato y mas buenas partes, condolidas de su necesidad y pobreza la quisieran tener consigo, mas como estaban subordinadas á voluntad ajena de su prelado, ni ellas lo pudieron hacer, ni á ella fué posible quedar, porque dentro de breve término se le notificó que saliese ó señalase la dote; y no pudiendo cumplir con lo segundo, tomó resolución en lo primero. Era tan diestra en labor, así blanca como bordados, matizaba con tanta perfeccion y curiosidad, que por toda la ciudad corría su nombre. Con esto, las virtudes de su alma y hermosura de su rostro eran tan por exceso, que á porfia parece haberse fabricado por diestros diversos artifices en competencia, y todo junto, en comparación de su recogimiento, mortificación, ayunos y penitencia, no llegaba.

«Viéndose pues desabrigada, con temor de la murmuración y de ocasion que le pudiera dañar, celosa de su honor, buscó un aposento en compañía de otras doncellas religiosas, donde, sin tener otra sombra sino la de su trabajo, con él se alimentaba tasadisimamente y con grande limite, dando ejemplo de su virtud á todas las mas doncellas de su tiempo. El arzobispo de aquella ciudad tuvo deseo de mandar hacer algunas cosas de curiosidad, hijuelas y corporales matizados; y no sabiendo ni hallándose quien como Dorotea lo hiciese (que así se llamaba esta señora), por las buenas nuevas que della tuvieron, la buscaron y encomendáronle aquesta obra, prometiéndole por ella muy buena paga. Era necesario para tanta curiosidad que fuera el oro el mejor, mas delgado y florido que se pudiera hallar; y porque solo quien lo sabe gastar es quien lo sabe mejor escoger, ella propia, en compañía de sus vecinas y amigas, lo fueron á buscar á los bathojas, que son en Sevilla los oficiales que lo hacen y venden. Acertaron á entrar en casa de un mancebo de muy buena gracia y talle, que de muy poco tiempo habia comenzado á usar el oficio y puesto tienda, que para mas acreditarse procuraba que su obra hiciera ventajas conocidas á la de sus vecinos. Deste quisieran comprar lo que para toda su labor les fuera necesario, tanto por ser á su propósito, cuanto por escusar la salida de casa, si el dinero les alcanzara; mas como solo llevaban lo que para principio se les habia dado, dijeron que llevarian un poco, y volverian por mas como se fuese obrando y ella cobrando.

«El mancebo, cuando vió la hermosura y compostura de la doncella, su habla, su honestidad y vergüenza, de tal manera quedó enamorado, que lo menos que le diera

fuera todo su caudal, pues en aquel mismo punto le habia entregado el alma. Y sintiéndole que dejaba de comprar con su gusto por falta de dineros, tomando achaque para sus deseos de la ocasion que le vino á la mano, sin dejarla pasar ni soltarla della, dijo: «señoras, si el oro es tal que hace á propósito para lo que se busca, escoja y lleve su merced lo que hubiere menester, y no le dé cuidado pagármelo luego, que por la misericordia de Dios, ánimo tengo y caudal no me falta para poder fiar aun otras partidas mas importantes, y no á tan buena dita; vuesa merced, señora, lleve lo que quisiere, y pague luego lo que mandare, que lo mas que restare debiendo, me irá pagando poco á poco, segun lo fuere cobrando del dueño de la obra.» A todas les pareció el mozo muy cortés y buena la comodidad, segun se deseaba. Dorotea le dió el dinero que tenia de presente; y habiendo escogido todo el oro que le pareció mejor y necesario, lo llevó consigo, dejándole dicha la calle y casa donde acudiese por la resta. Luego se fueron, quedando el pobre mozo tan amante y fuera de sí, cuanto falto de todo reposo y combatido de varios desasosiegos. Rompióse amor las entrañas; no comia, no bebía, ni vivía: tan ocupada tenia el alma en aquella peregrina belleza, espejo de toda virtud, que todo era muerte su trabajosa vida, sin saber qué hiciese. Y pareciéndole doncella pobre, que por medios del matrimonio pudiera ser tener buen puerto sus castos deseos, quisose informar de quién era, de su vida, costumbres y nacimiento.

«La relacion que le hicieron y nuevas que della tuvo fueron tales, que con ellas quedó de nuevo muy mas perdido y menos confiado, nunca creyendo poder alcanzar tan grande riqueza, hallándose siempre indigno de tanto bien como lo fuera para él poderla alcanzar por esposa. De todo desesperaba, en todo se conocia inferior; mas como no era posible ni en su mano volverse atrás, y las pasiones del alma no tocan menos á los mas pobres que á los mas poderosos, y todos igualmente las padecen, aunque se hallaba tan atrás, nunca dejó de porfiar para pasar adelante, perseverando en su honesto propósito por haberlo puesto en las manos de Dios, que siempre los favorece y sabe acomodar con sola su voluntad las cosas de su servicio, presentándole siempre que no era otro su deseo que hallar compañera con quien mejor poderle servir, en especial aquella tan virtuosa y de su gusto; empero que así lo hiciese como mejor conviniese á su servicio. También se le representó, que la mucha pobreza y discrecion le harian por ventura fuerza para que solo mirando á su soledad y remedio pospusiese pundonores vanos, acomodándose con el tiempo; y, siéndole representado su honesto deseo de servirla, lo viniese á conceder. Con estos pensamientos y cuidados procuraba solicitar la cobranza, no apretando ni enfadando, antes tomando achaques, mas veces de ver su tan curiosa labor, otras por hacersele paso, fingiendo lo que mas á propósito venia para hacer visita y por tomar amistad; que solo á este fin iban por entonces encaminados sus deseos, para con ella poder mejor después entablar el juego; y en el interin, poder aquel espacio breve mitigar las ansias que, siempre ausente, le causaba su dama. En esto anduvo el mozo tan discreto como solícito, y tan solícito como enamorado, procediendo con tan honrados y buenos términos, que muy en breve granjeó de todas las voluntades, no pesándole de sus visitas, antes con ellas ya recibian regalo.

«Entre las que allí vivian, que eran cuatro hermanas, á la una dellas, la mas venerable y grave, á quien tenían las otras todo respeto, tanto por su prudencia mucha, cuanto por ser mayor en edad, se fué inclinando mas su amistad y regalándola; con que después, andando el tiempo en ocasiones que se ofrecian, poco á poco se fué descubriendo, haciéndola capaz de sus deseos, hasta de todo punto quedar aclarado con ella; suplicándole, que interponiendo para ello su autoridad, fuese parte que sus es-

peranzas no quedasen sin el premio que de su valor y discrecion esperaba, y que siéndole favorable, la fuese disponiendo en las ocasiones que se ofreciesen, de tal manera, que cualesquier dificultades quedasen llanas, pues de su parte ninguna se podia ofrecer, que á brazos cruzados no se pudiese hacer toda su voluntad. Los buenos terceros bien intencionados, que sin respetos humanos tratan de las cosas honestas con libertad y verdad, tienen siempre tal fuerza, que persuaden con facilidad, porque se les da todo crédito. Esta señora fué labrando en Dorotea de modo de uno en otro lance, que convencida de razon, vino á condescender en el consejo que le dieron; y obedeciendo, como de su verdadera madre, le besó por ello las manos, dejándolo en ellas. ¶

¶ El desposorio se hizo con gusto general, y mayor el de Bonifacio (que así llamaban al desposado), porque se creyó hallar con aquella joya el mas dichoso, bien afortunado y rico de los hombres, pues ya tenia mujer como la deseaba en condicion, y de mayor calidad que merecia, y tal, que pudiera vivir con ella seguro y honrado, sin temor de celoso pensamiento ni de alguna otra cosa que le pudiera causar desasosiego. Vivian contentos, muy regalados, y sobre todo satisfechos del casto y verdadero amor que cada cual dellos para el otro tenia. El de ordinario asistia en la tienda, ocupado en el beneficio de su hacienda, y ella en su aposento tratando de su labor, así doméstica como de aguja, gastando en sus matices y bordados parte de la que su marido hacia. Creciales la ganancia, y en mucha conformidad pasaban honrosamente la vida. ¶

¶ El demonio vela y nunca se adormece; mas y en especial vela en destruir la paz contra las casas y ánimos conformes, arma cepos y tiende redes con todo secreto y diligencia para hacer, como desea, el daño posible, y dar con ello en el suelo. Andaba siempre acechando á esta pobre señora, procurando derribarla y rendirla, y cuando mas no pudiese, que á lo menos tropezase; y así en las visitas, en misa, en sermón, en las mayores devociones, en la comunión, aun en ella la inquietaba, presentándole los instrumentos de su maldad, mancebos galanes, discretos, olorosos y pulidos que le saliesen al encuentro, siguiéndola y solicitándola; mas de todo sacaba poco fruto, porque la casta mujer, mostrándose fuerte, siempre vencía con su honestidad semejantes liviandades. Y aunque para quitar la ocasion rehusaba cuanto mas podia el salir de su casa, y escasamente á lo muy forzoso y necesario, donde también era perseguida; rondaban la puerta noche y dia, buscaban invenciones y medios para verla, empero nada les aprovechaba. Entre los galanes que la deseaban servir, que todos eran mozos y señores los mas principales de la ciudad, era uno el teniente della, mancebo soltero y rico. Vivía frontero de la misma casa, en otras principales, altas y de buen parecer, que por ser mas humildes y bajas las de Dorotea, no obstante que habia calle de por medio, cuando por los terrados, cuando por las ventanas le señoreaba cuanto hacia; y tanto, que su esposo ni ella podian apenas vestirse ni acostarse sin ser vistos, en especial estando con descuido, y queriendo con cuidado acecharlos. Con esta ocasion, el teniente andaba muy apasionado y cansado de hacer diligencias con extraordinaria solicitud. Al fin se hubo de volver como los demás al puesto con la caña, sin recibir algun favor, ni visto sombra de sospecha con que poderlo pretender, ni que desdorasé un cabello del crédito de la mujer. ¶

¶ Andaba también (con los muchos) en la danza un otro penitente de la misma cofradía de los penantes, muy llagado y afligido: era burgalés, galán, mozo, discreto y rico, las cuales prendas, favorecidas de su franqueza, pudieran allanar los montes. Mas la casta Dorotea, ni las

partes deste, poder del teniente, ni pasiones de los mas, le hacian el menor sentimiento del mundo, como si del no fuera. Mostrábase á todos estos combates fortísima peña inespugnable, donde los asiduos combates de las furiosas ondas del torpe apetito (no pudiendo vencer) quedaron quebrantadas. No hay duda, que siempre continuaba velando su honestidad como la grulla, la piedra del amor de Dios levantada del suelo, y el pié fijo en el de su marido. Y fuera imposible herirla si el sagaz cazador no le armara los lazos del engaño en la espesura de la santidad para cazar á la simple paloma. Esté burgalés, que se llamaba Claudio, tenia en su servicio una gentil esclava blanca, de buena presencia y talle; nació en España de una berberisca, tan diestra en un embeleco, tan maestra en juntar voluntades, tan curiosa en visitar cimeterios, y caritativa en acompañar ahorcados, que hiciera nacer berros encima de la cama. Ella era tal, cual para semejantes casos convenia. Llamóla un dia, dióle cuenta de su pena, pidiéndole consejo para salir con su pretension adelante. La buena esclava, como haciendo burla, después de haberse bien satisfecho y enterado en el caso, riyéndose le dijo: «¿pues cómo, señor, qué montes quieres mudar, qué mares agotar, á qué muertos volver el espíritu, cuál dificultad es tan grande la que te aflige y tanto me encareces? No son esas las cosas que á mí me desvelan; poco acéite y menos trabajo se ha de gastar en ello de lo que piensas; ya puedes hacer cuenta que la tienes para tí; descuida, y ten buen ánimo, que yo te daré la caza en las manos dentro de pocos dias, ó no me llamen Sabina, hija de Haja.» ¶

¶ Tomó el negocio á su cargo, y comenzó desde aquel punto á entablar el juego, dando trazas como el que propone dar en el ajedrez un mate á tantos lances en casa señalada. Comenzó por el peon de punta meneando los trebejos, y componiendo un cestillo de verdes cohollas de arrayán, cidro y naranjo, adornándolo de alhelies, jazmines, juncos, mosquetas y otras flores compuestas con mucha curiosidad, lo llevó al bathojo, diciéndole ser criada de cierta señora monja de aquella ciudad, abadesa del convento, que teniendo noticia de la obra tan buena que allí se hacia, y necesidad forzosa de un poco de buen oro para unos ornamentos, que dentro de la casa estaban acabando para el dia de San Juan, le regalaba con aquel cestillo, y suplicaba que del oro mejor que tuviese le diese dos libras para probarlo, y que saliendo tal como le habian certificado y era conveniente á su propósito, lo pagaría muy bien, y siempre lo iria gastando de su casa, llevando para cada semana lo que se pudiese gastar en ella; demás, que tendria mucho cuidado de regalarlo. Bonifacio se alegró con la buena ocasion de la ganancia, y no menos con el cestillo de flores, que lo estimó en mucho, por la curiosidad con que venia compuesto. El cual al punto, luego que lo recibió, habiendo despachado la esclava con el oro, lo llevó á su mujer, poniéndoselo en las faldas con grande alegría, que no con menor fué recibido della. Preguntóle de quién lo habia comprado, y díjole lo que pasaba. Entonces lo estimó en mas, porque le vino á la memoria el tiempo de su niñez, cuando con las mas doncellas de su edad y monjas del convento se ocupaban en semejantes ejercicios. Rogó á su marido, que si otra vez volviese, la hiciese subir á su aposento, que holgaría de conocella. ¶

¶ Luego la semana siguiente, dentro de seis dias, veis aquí donde vuelve Sabina muy regocijada, diciendo del oro que habia sido bueno, y á pedir otro tanto que fuese de lo mismo: dándole un largo recaudo de parte de su señora, y con él una imagen pequeña de alcorza y un rosario de la misma pasta, con tanta curiosidad obrado, que bien era digno de mucha estima. Así como lo vió no quiso recibirlo, sino que de su mano lo diese á Dorotea su

esposa. Cayóle la sopa en la miel, sucediéndole lo que deseaba y á pedir de boca; mas haciéndose de nuevas, dijo: «¿ay mal hombre! ¿dices de veras, y casado es? no lo creo. Aun nos lo habian vendido por soltero, y trataba ya mi señora de casarlo con una lega que tenemos tan linda como unas flores, hermosa y rica.» Bonifacio le respondió: «rica y hermosa la tengo como allá me la podian dar, y con quien vivo contentísimo; subí, vereisla.» Sabina le dijo: «en buena fe no quiero, no sea que me burle, que es un traidor.—No burlo, de veras, le dijo Bonifacio, subí, amiga Sabina.» Ella cuando entró en la pieza, y vió á Dorotea, desalada y los pechos por estrecha se comunicen. ¡Ay Jesus! Cuando yo le cuente á mi señora la abadesa lo que he visto, ¿cuánta invidia me tendrá? ¿Cuánto deseo le crecerá de gozar un venturoso dia de tal cara? Por el siglo de la que acá me dejó, y así su alma esté do la cera luce, ó que landre mala me dé si no fuera alcahueta destos amores. Yo quiero de aquí adelante regalar á esta perla, y visitarla muy á menudo.» Con estas palabras, y otras regaladissimas, llevó su oro después de haberse despedido. Y de allí en adelante, de dos á tres dias continuaba la visita; ya por oro, ya diciendo hacerle camino por allí, diciéndole al marido qué cometeria traicion, si por allí pasase y dejase de entrar á ver aquel ángel. Otras veces con achaque de traerle algun regalo, la iba disponiendo á que de su voluntad tuviese deseo de irse á holgar al monasterio un dia. ¶

¶ Cuando ya le pareció tiempo, dió por allá la vuelta un lunes de mañana, y llevóle dos canasticos, uno con algunas niñerías de conservas, y otro de algunas frutas de aquel tiempo, las mas tempranas y mejores que se pudieron hallar. Díoselos, diciendo, «que por ser del huerto de casa, y lo primero que se habia cogido, le pareció á su señora que no pudiera estar en otra parte tan bien empleado como en ella. Y que juntamente le suplicaba dos cosas: la primera y principal, que pues de allí á ocho dias, el siguiente lunes, era la fiesta del glorioso San Juan Bautista y el domingo su santa vispera, le hiciese merced en hacer penitencia pasando en el convento aquellos dos dias, pues en su casa no eran de ocupacion. Demás, que tenían las monjas muchas fiestas, y representaban una comedia entre sí á solas, que de nada gustaria si aquesta merced no le hiciese. Y que otras señoras principales parientas de las monjas vendrian por allí, para que acompañándola se fuesen juntas. Lo segundo, que le diese tres libras de buen oro para flecos de un frontal, que deseaban acabar para poner en un altar allá dentro, procurando, si fuese posible, se lo diese mas cubierto y delgado.» A lo del oro respondió Dorotea: «darélo de muy buena gana, que lo tengo en mi poder, y también hiciera lo que mi señora la abadesa me manda, mas está en el de mi marido. Ya sabeis, hermana Sabina, que no soy mia, mi dueño es el que os puede dar el sí ó el no, conforme á su voluntad.—En buena fe, le respondió: aun esa sería ella, si no me la diese, nunca yo medre si de aquí saliese todos estos ocho dias hasta llevarla. No sería razon que una cosa sola que mi señora suplica tan de veras, la primera y tan justa se dejase de hacer, porque desea, como á la salvacion, gozar de aqueste paraíso.—¡Ay! calla, Sabina, dijo Dorotea, no hagais burla de mí, que ya soy vieja.—Vieja, dijo Sabina, si, si, dese mal muere, como decirme agora que la primavera es fin del año, y cuaresma por

diciembre. Dejémonos de gracias, que así, vieja como es, la goce su marido muchos años, y les dé Dios fruto de bendicion. Agora se haga lo que le suplico, que deseo ganar este corretaje, que mi señora la retoce. ¡Ay, cómo se ha de holgar con esta traidora!» ¶

¶ Bonifacio y Dorotea se rieron, y él (con alegre semblante) sin ver la culebra que estaba entre la yerba, ni el daño que le acechaba, por la grande confianza que de su esposa tenia, dijo: «ahora bien: por mi vida, que Sabina lo ha reñido y pleiteado con gracia, no se le puede negar lo que pide, habiéndolo enviado á mandar el abadesa mi señora. Idos á holgar esos dos dias, que yo sé cuán de gusto serán para vos, y no menos para mí, porque lo recibais. Hermana Sabina, decid á su merced, que así se hará, como se manda: y cuando aquehas señoras que decís pasen al monasterio, pasen sus mercedes por aquí, para que se vayan juntas.» Agradeciósela Sabina con tales palabras, cuales de mujer tan ladina, y que ya tenia negociado su deseo. Fuése á su casa tan contenta y orgullosa, que ya le parecia volverse atrás los pasos que adelante daba, y que á su posada nunca jamás llegaría. El corazon le reventaba en el cuerpo de alegría; quisiera si fuera licito, ir la cantando á voces por las calles. Echábasele de ver el contento en los visajes del rostro, herviale la sangre, bailaban los ojos en la cara, parecia que por ellos y la boca quería bozar la causa. ¶

¶ Cuando en su casa entró, como una loca soltó los chapines, dejó caer de su cabeza el manto, y arrastrándolo por detrás, alzando con las manos las faldas por delante, que le impedían el correr, entró desatinada en el aposento de su señor que la esperaba. Por decirselo, todo, todo lo partía entre los dientes y la lengua, sin que alguna cosa dijese concertada. Ya comenzaba por activa, ya lo volvía por pasiva. Bien ó mal, tal como pudo, le dió el mensaje, de modo que todos aquellos ocho dias no acabaron, ella de referirlo, y él mil veces de preguntarlo. Volvian á cada paso á tratar una misma cosa, discantaban luego, si aquello sería posible tener efecto. Pareciale que aquello que dello hablaban, le habia de servir y quedar por paga, sin acabar de creer que pudiera ser cierto un bien tan deseado, ni llegar á gozar de tan alegre dia. Para el concierto tratado hizo que se previniesen unas mujeres conocidas de casa, de quien tenia satisfacion de cualquier secreto, para que le ayudasen con su solicitud en este hecho. Llegado ya domingo, día señalado para el efecto, vistiéndose unas en hábito de casadas, otras de doncellas, de dueñas otras, fueron con Sabina por Dorotea. Tocaron á la puerta, salió su esposo, que ya las esperaba, y como viese una tan honrada escuadra de mujeres, al parecer principales, llamó á la suya que bajase presto, porque esperaban. Ella bajó tan simple como contenta, habláronse todas con muy comedidos cumplimientos, y entregándosele el marido, la cogieron en medio, y con ella y grande alegría se fueron su viaje. Iban al monasterio encaminadas, cuando una de aquellas de tocas reverendas, dijo: «¿ay amarga de mí, cómo se nos ha olvidado ir por doña Beatriz la desposada, que nos estará aguardando, y también la convidaron!» Otra respondió luego: «por los huesos de mis padres que dice verdad, y que no me acordaba mas della que de la primera camisa que me vestí. No podemos ir sin ella; volvámos por aquí que presto llegaremos allá.» Dió entonces la vuelta uno de aquellos cabestros de faldas largas y rosario al cuello por cencerro, tomando la delantera, y todas la siguieron hasta dar consigo en casa de Claudio. ¶

¶ Llamaron á la puerta, saliósela á responder por la ventana una esclavilla, preguntando quién llamaba, y lo que quería; una dellas le dijo: «entra presto, y dile á tu señora que baje su merced presto, que la esperamos.» Hizo como que fué á dar el recaudo, y cuando de allá dentro

volvió con la respuesta, les dijo: «á vuestras mercedes suplica mi señora se sirvan de no tomar pesadumbre de aguardar un poco, en cuanto se acaba de tocar, que será en breve, y entre tanto se podrán vuestras mercedes entrar á sentarse á la cuadra.» Ellas entraron por el patio en una sala bien aderezada, donde se quedaron las mas, y solas dos pasaron adelante á una mediana cuadra con Dorotea. Estaba muy bien puesta con sus paños de tela de plata y damasco azul, y cama de lo propio, la cuja de relieve dorada. Junto á ella estaba un curioso estrado, en que las tres tomaron sus asientos, y de allí á muy poco dijeron: «¡ay Dios, y qué prolija novia hace doña Beatriz, y si á mano viene, aun de la cama no se habrá levantado! Andad acá, hermana, sepamos cuándo habemos de ir de aquí.» Salieron las dos y quedándose sola Dorotea, se desparecieron todas, que persona viviente no se conocía por la casa.

¶ Claudio entró luego, y tomando en el estrado una de aquellas almohadas junto á Dorotea, le comenzó á hacer muchos ofrecimientos, descubriéndole la traza que para su venida se había tenido, desculpando aquel proceder con lo mucho que le hacía padecer, de que no quedó la pobre señora poco turbada y triste, porque lo conocía de vista y sabía sus pretensiones. Vióse atajada, no supo qué hacerse ni cómo defenderse; comenzó con lágrimas y ruegos á suplicarle no manchase su honor, ni le hiciese á su marido afrenta, cometiendo contra Dios tan grave pecado; empero no le fué de provecho. Dar gritos no le importaba, que no había persona de su parte, y cuando de algun fruto le pudieran ser, y gente de fuera entrar, quien allí la hallara, forzoso habían de culpar su venida, sin dar crédito al engaño: defendióse cuanto pudo. Claudio con palabras muy regaladas y obras de violencia, y contra su resistencia y gusto, tomaba de por fuerza los frutos que podía, pero no los que deseaba; con que se iba entreteniendo y cansándola. Finalmente, después que ya no pudo resistirle, viendo perdido el juego; y empeñada la prenda en lo que Claudio había podido poco á poco ir granjeando de su persona, rindióse y no pudo menos. Ellos estaban solos á puerta cerrada, el término era largo de dos dias, la fuerza de Claudio mucha, ella era sola, mujer y flaca, no le fué mas posible. Bien se pudiera decir que había sido pendencia de por San Juan, si no se les añublara el cielo. Comieron y cenaron en muchas libertades, y fuéronse á dormir á la cama; empero breve fué su sosiego y sobresaltado su reposo, porque nunca el diablo hizo empanada de que no quisiese comer la mejor parte. Costumbre suya es, cuando hace junta semejante, formar una tienda ó pabellon, convidando á que se metan dentro, que allí los encubrirá y nada se sabrá haciéndose cargo del secreto; y después cuando están encerrados, en el mayor descuido y mal pensada seguridad, abre las puertas, descubre, derriba los pabellones, manifestando en público el vicio recelado; y teniendo su tamborino, á repique de campana llama la gente para que allí acuda á verlos, dejándolos avergonzados y tristes, de que mas él se queda riendo. ¿Quién creyera que invencion tan bien trazada viniera tan en breve á descubrirse por tan extraño camino? ¿Quién esperara de tan felices medios y principios fines tan adversos y trágicos? Mal dije: que no se podía esperar menos considerada la danza, y quien la guiaba. Demás, que de necesidad había de castigar el cielo á letra vista semejante maldad y fuerza. Y aunque no fué la pena igual con el delito, fué á lo menos albadada poderosa, para que cualquiera buen discursista reconociera la ofensa y hiciera penitencia della.

¶ Como aquel dia todo anduvo tan sin cuenta ni orden, allá en su cuarto los criados, ensancharon los vientres, quitaron los pliegues á los estómagos, y las canillas á las candiotas; comieron y bebieron hasta ir á las camas ga-

teando, dejándose la chimenea con toda la lumbre, y cerca della mucha leña. El fuego se fué metiendo por los tueros y rajas, y ellos encendidos, comunicándose con los mas que cerca estaban, de manera que casi á la media noche todo aquel cuarto se quemaba, sin que persona lo sintiese, que dormían todos. Era vispera de San Juan, el teniente andaba de ronda, y al grande resplandor, que ya la lumbre se divisaba de muy lejos, vióla y sospechó la verdad que alguna casa se quemaba. Fuéronse por el rastro de la claridad hasta la casa de Claudio. Dieron voces y golpes á la puerta: la casa era grande, los unos de cansados, los otros bien borrachos, y otros abrasados, ninguno respondía. Levantóse por la vecindad mucho alboroto, unos y otros vecinos preveníase cada cual de su remedio; fuése llegando mucha gente, y con fuerza que hicieron derribaron por el suelo las puertas; entraron por la casa creyendo que los della ya fueran consumidos todos con el fuego, y cuando menos ahogados con el humo, pues alguno por toda la casa no parecía. Fueron las voces y el estruendo tanto, que Claudio recordó, y turbado de aquel ruido tan grande, sin saber lo que pudiera ser, con la espada en la mano y ambos desnudos, abrió la puerta del aposento, y cuando vió el fuego, volvióse adentro para cubrirse con algo y salirse huyendo.

¶ El teniente creyó que la gente de fuera fué quien abrió aquella sala para entrar á robar; acudió á la defensa con diligencia, y halló á los dos amantes que apriesa y por salvarse buscaban los vestidos, y teniéndolos en las manos, ninguno hallaba el suyo. Ya podeis considerar cuáles podrian estar, y qué pudieran sentir viéndose desnudos, la casa llena de gente, y sobre todo, su mayor enemigo el teniente que los había cogido juntos. Volvamos pues á él, que luego conoció á Dorotea. Quedó tan fuera de sí, que de los tres no se pudiera conocer alguna diferencia cuál estaba mas muerto; porque nunca el teniente pudiera persuadirse de persona del mundo á semejante cosa; pues teniendo por testigos á sus propios ojos, aun los tachara. Vióse tan turbado, tan abrasado de celos, tan desesperado y loco, que por vengarse dello, y sin otra consideracion, los hizo llevar á la cárcel con ánimo de vengarse, y mas de Dorotea, que por no haberle admitido, estaba resuelto á infamarla, buscando rastros para tener ocasion con que prender también á su marido, pareciéndole no haber sido posible no ser sabidor y consentidor del caso, dando á su mujer licencia que fuese á dormir con aquel mancebo, por interese grande que por ello le había dado. Que una pasión de amor hace cegar el entendimiento, volviendo los ánimos tiranos y crueles. A ella la llevaron cubierta con su mantó, con orden que no fuese por entonces conocida hasta la informacion, y á él por otra parte también lo llevaron preso. Y aunque hizo Claudio por impedirlo grandes diligencias, pretendiendo escusar los graves daños que dello pudieran resultar, ni ruegos ni dineros fueron parte á que la rabia del corazon se le aplacase al juez. Ellos quedaron en su prision, y el juez echando espuma por la boca, hasta que se aplacó el fuego y lo dejó muerto, mas el de su corazon muy vivamente ardía.

¶ Era ya después de media noche; había padecido mucho con el cansancio, y mas con el enojo; fuése á dormir, si pudo, que se cumplió el refrán en él: *ast tengais el sueño*. No lo tuvo bueno ni es de creer, antes con el enojo trazaria la venganza, guisándola de mil modos, para que no escapasen, ó á lo menos limpia la honra. Mas estaba haciendo la cuenta sin la buespeda, que apenas él tenía los piés en la cama, cuando ya Dorotea tenia cobro. Dormía Sabina en un aposento mas adentro del de su amo, para si en algo fuese menester de noche, y como hubiese tenido atencion á todo lo pasado, acudió presto al remedio; que siempre las mujeres en el primer consejo son mas prontas que los hombres, y no ha de ser

pensado para que acierten algunas veces. Sacó de su aposento un muy gentil capon que había quedado de la cena, el cual acomodó con un gentil pedazo de jamon de la sierra con un frasco de generoso vino, buen pan y reales en la bolsa, poniéndose un colchon, sábanas, y un cobertor en la cabeza, y la cesta en el brazo, se fué á la cárcel. Pidió al portero que le dejase meter aquella cama y cena para una dueña de su amo, que, porque se tardó en dar un caldero con que sacar agua para matar el fuego, la mandó traer el teniente presa. Con esta poca culpa, y cuatro reales de á cuatro que le metió en la mano, la abrió las puertas, haciéndole cien reverencias aunque con la ropa que sobre la cabeza llevaba no la vió la cara. Ella entró con su recaudo á Dorotea, que mas estaba muerta que viva: estuvieron hablando solas, porque las mas presas ya dormían, y de allí resultó que Dorotea hecha Sabina, y puesta una saya suya verde que llevaba, llamó al portero y le dió la cena, diciendo, que la dueña no la quería ni dormir en cama, hasta salir de allí. El vió su cielo abierto, y *al sabor del tocino se puso en manos del vino*; guardando la resulta para el siguiente dia. En cuanto el carcelero se ofrendaba, se cargó Dorotea el colchon en la cabeza, y salió de la cárcel, dejando en su lugar á Sabina, y con dos de las mujeres del dia pasado se volvió á casa de Claudio hasta por la mañana, que con ellas y otras volvió á casa fingiéndose no haber estado buena de salud, y que por eso se volvía.

¶ Ya el teniente andaba orgulloso para el siguiente dia martes, y no se olvidaba Claudio; porque como ya sabía estar la señora en salvo, hizo que un su amigo hablase al asistente, suplicándole que personalmente lo desagraviase, viendo la injusticia que le habían hecho. También el teniente, cuando fué á comer á su casa, y se puso á la ventana mirando con infernal celo á las de Dorotea, miró y reconocióla, que sentada con su marido estaban comiendo juntos. Perdía el seso, estaba sin juicio pensando qué fuese aquello; envió á la cárcel á saber quien soltó la presa de la noche antes; dijéronle que allí estaba. Ya pateaba en este punto, porque sin duda creyó estar loco, si acaso no hubiera sido sueño lo pasado; así pasó aquel dia hasta el siguiente, que viniendo á la visita el asistente

con sus dos tenientes, mandaron llamar á Claudio y á la mujer que con él había presa, los cuales como ya hubiesen dicho en su confesion quiénes eran, y allí fueron públicamente conocidos, fueron sueltos; empero no tan libres que Claudio no purgase bien las costas; porque cuando á su casa llegó, halló la mayor parte della y de sus bienes abrasados, y juntamente á una su hermana honesta de las que sacaron á Dorotea de su casa, la cual fué hallada con un su dispensero en una misma cama muertos, y otros tres criados. Tanto sintió este dolor, lastimóle de tal manera el corazon semejante afrenta, porque aquello había sido en toda la ciudad notorio, que de la intensa imaginacion adoleció gravemente. Y no deseando salud para gozarse con ella, sino solo para hacer penitencia del grave pecado cometido, convaleció, y sin dar cuanta dello á persona del mundo, se fué al monte donde acabó santamente, siendo religioso de la orden de San Francisco. Dorotea se fué con su marido en paz y amistad, cual siempre habían tenido, y el teniente se quedó muy feo sin muchos doblones que le daban y sin venganza, y Bonifacio con todo su honor. Porque Sabina y demás que supieron su afrenta, dentro de muy pocos dias murieron, que así sabe Dios castigar y vengar los agravios cometidos contra inocentes y justos.

Con esta historia y otros entretenimientos veniamos con bonanza hasta España, que no poco la tuve deseada, sin ferros, artillería, remos, postizas, ni arrombadas, porque todo fué á la mar, y quedé yo vivo, que fuera mas justo perecer en ella. Desembarcamos en Barcelona, donde diciéndole á mi amigo el capitán Favelo, que había votado en la tormenta de no hacer tres noches en parte alguna de toda España hasta llegar á Sevilla, y visitar la imagen de nuestra Señora del Valle, á quien me había ofrecido, y héchole cierta promesa si de allí escapase, llególe al alma perder mi compañía; mas no pude hacer otra cosa, que temí no viniesen en mi seguimiento con alguna saetia ó algun bajel. Compré tres cabalgaduras en que llevar mi persona y los baules, recibí un criado, y diciendo ir mi viaje, sin que alguno supiese lo contrario, nos despedimos como para siempre.

LIBRO TERCERO.

DONDE REFIERE TODO EL RESTO DE SU MALA VIDA DESDE QUE Á ESPAÑA VOLVIÓ HASTA QUE FUÉ CONDENADO Á LAS GALERAS Y ESTUVO EN ELLAS.

CAPITULO PRIMERO.

Despedido Guzmán de Alfarache del capitán Favelo, diciéndole ir á Sevilla, se fué á Zaragoza, donde vió el arancel de los necios.

¶ Cuando con algun fin quiere acreditar alguno su mentira, para traer á su propósito testigos, busca una fuente, lago, piedra, metal, árbol ó yerba con quien la prueba, y luego alega que lo dicen los naturales; y desta manera se les han levantado millares de testimonios; él es el que miente, y cárgaselo á ellos. Yo aquí haré al revés, porque no mintiendo, diré su mentira, y no porque yo afirme que lo sea, sino porque lo parece y debe de ser verdad; pues Apolonio Tianéo lo toma por su cuenta, y dice haber visto una piedra que llaman pantaura, reina de todas las piedras, en quien obra el sol con tanta virtud, que tiene todas aquellas que tienen todas las piedras del mundo, haciendo sus mismos efectos. Y de la ma-

T. III.

nera que la piedra imán atrae á sí el acero, esta pantaura atrae las otras piedras, preservando de todo mortal veneno á quien consigo la tiene. Con esta piedra se pudiera bien comparar la riqueza, pues hallarán en ella cuantas virtudes tienen las cosas todas. Todas las atrae á sí, preservando de todo veneno á quien la poseyere. Todo lo hace y obra, es ferocísima bestia, todo lo vence, tropella y manda. Todo lo trae sujeto á su poder, la tierra y lo contenido en ella. Con la riqueza se doman los ferocísimos animales, no se le resiste pece grande ni pequeño en los cóncavos y huecos de las peñas sumérgidas debajo del agua, ni le huyen las aves de mas ligerísimo vuelo. Desentraña lo mas profundo sobre que hacen estribo los montes altísimos, y saca secas las imperceptibles arenas que cubre la mar en su mas profundo piélago. ¿Qué alturas no allanó, cuáles dificultades no venció, qué imposibles no facilitó, en qué peligros le faltó seguridad, á

21